

## La rosa natural (1)

Para APOLO

### ESCENA XIII

#### Alberto y Elena

ALBERTO—Elena.

ELENA—¿Qué?

ALBERTO—Escúcheme.

ELENA—¿Para qué... para qué?

ALBERTO—... un momento, un instante; después tendrá tiempo de ejecutar su venganza.

ELENA—(acercándose) ¿Mí venganza?

ALBERTO—Sí, su venganza. Justa, muy justa; pero venganza al fin.

ELENA—Y usted...

ALBERTO—Sí, ... tiene razón. La culpa no es suya. Ahora talvez usted no crea en mi sinceridad.

ELENA—¡Quién sabe! Pensaré, calcularé...

ALBERTO—No, Elena. Deje esa máscara por un momento y crea que hablo con el corazón.

ELENA—Uf... ¡el corazón!... eso es muy viejo.

ALBERTO—Hoy he sentido como un recio latigazo de vida en el espíritu, y ha pasado por mí como un relámpago, la certidumbre, la evidencia de algo muy doloroso. ¿Quiere que sea profundamente sincero?

ELENA—Por curiosidad... ¿Qué va usted á decir?

ALBERTO—Hace un momento, para salir de una situación violenta para todos, propuso usted...

ELENA—Sí... una justa moderna. Una lucha en que se pon-

drá á prueba, la voluntad, el carácter, el amor... propio.

ALBERTO—Pues bien; yo no la acepto. Renuncio á ella y me declaro vencido de antemano.

ELENA—¿Lo ha pensado bien?

ALBERTO—No lo he pensado... lo he sentido.

ELENA—Es extraño. Provocar una situación para retroceder antes de llegar al final. ¿Qué fué de ese espíritu práctico con que se ganan las más grandes empresas?

Mire usted (señala al chalet) Ahí está el enemigo en acecho, esperando la oportunidad de ganar la partida. Ahí dentro, sí, ya ha empezado la lucha. El interés tiende sus redes, la conveniencia afila sus garras, el fuerte clava las uñas sobre el débil que al fin ha de entregarse cansado de luchar... Por mi parte ya estoy preparada para todo. Ustedes me han transformado. ¿Voy á permanecer inmutable, acaso? Meditaré, tendré en cuenta lo que convenga (con dolor).

ALBERTO—Precisamente, por eso es que yo no acepto la lucha. Porque usted ha cambiado, porque usted es otra. ¡Si el escepticismo me hizo dudar frente al raudal purísimo, ¿cómo quieré usted que me haga creer en la corriente oscura y turbia? (Con sinceridad y calor) Vuelva usted á ser la mujer de antes, la que arrojó una flor como ofrenda del alma y verá entonces cómo luchó y triunfó. Triunfo, sí. Frente al peligro de perderla para siempre, he sentido latir el co-

(1) Bella comedia en un acto de nuestro querido amigo el aplaudido escritor Ismael Cortiñas, que será representada próximamente en un teatro de Buenos Aires.

razón. Dejemos que hable libremente. No se cubra usted con esa máscara cruel—que la hace egoísta y calculadora — porque entonces se habrá perdido todo... todo, y no valdrá la pena luchar ni vencer...

ELENA ¿Acaso soy culpable?

ALBERTO — No, el culpable soy yo. La culpa la tenemos todos los que en la vida nos creemos buenos, fuertes, desinteresados, pero llegamos á dudar de sus más nobles fines, á fuerza de chocar con el interés sórdido y brutal; olvidando que hay un refugio inviolable en el alma de ustedes, al que sólo debe llegarse por el amor; ese amor único dominador y exclusivo, absoluto y tirano, egoísta de su propio bien, que no duda, que no razona porque es impulso misterioso y secreto... Elena; en este instante soy un hombre sincero. He experimentado el dolor hondo y profundo de ver alejarse una primavera. Haga usted que vuelva y me verá resuelto y luchador, con generoso brío, con noble impulso...

ELENA (Dulcemente) ¿Y si fuera tarde?

ALBERTO — No; en su alma puede reverdecer la florecencia de la esperanza y el ensueño. Perdone usted al que no supo mirar hasta el fondo, para bañarse en la onda serena que es fuente de eterno y bienhechor consuelo...

ELENA — (Con ironía) ¿Para qué... para qué?...

ALBERTO — No repita usted esa frase cruel, que envenena y que mata.

ELENA — De usted la he aprendido.

ALBERTO — Olvidela... como la olvido yo. Y si la recordamos, sea tan sólo para preguntar:

(al oído y amorosamente) *para que engañarse, para qué mentir, para qué ahogar los más nobles impulsos, para qué desvirtuar lo más hermoso, lo más humano, acaso lo único que hace bella y amable á la vida? Míreme, Elena: ¿no me ve transfigurado? Aquí, junto á usted, después de la prueba dolorosa, siento palpitante un hálito misterioso de vida nueva y fecunda, que llega á lo más íntimo de mi ser. (Muy cerca y con ternura. Elena con gran turbación esquivará la mirada). Yo la quero... pero como era antes, afectuosa y sonriente, candorosa y buena... Junto á usted siento renacer todas las esperanzas. ¿Recuerda aquellas tardes de dulce y suprema poesía?... ¿Recuerda aquellos versos? (Tratando de que Elena lo mire y muy dulcemente) «Ojos claros, serenos; que de dulce mirar sois alabados: ¿por qué si me miráis, miráis airados?»*

(Pausa. Elena muy emocionada y tratando de ocultarse á las miradas de Alberto se acogeja).

¿Llora usted?

ELENA — No, no...

ALBERTO — (Insistiendo para que lo mire) Olvidemos lo pasado y vamos hacia el porvenir que nos sonríe. Yo sabré tener el brazo firme y la cabeza erguida... (Elena lo mira aparentando enojo)... «Ojos claros, serenos, ya que así me miráis, miradme al menos». (Se estrechan las manos y se miran por un instante con amoroso abandono. Alberto va á besarla, pero Elena, con ademán de coquetería, lo rechaza suavemente).

ELENA — No... hay que ganar la apuesta.

ALBERTO — Es que... la lucha era por la otra mujer... la razonable, la egoísta, la prosaica. Yo quiero á ésta...

ELENA Vanidoso! ¿Y si la

mujer razonable no lo perdona?

ALBERTO Ya me ha perdonado.

ELENA — Quien sabe! Además no podemos faltar á la palabra empeñada. (Siéntese murmullo de diálogo en el chaler) Ahí llega el adversario.

ALBERTO — ¿Qué hacer entonces?

ELENA ¡Qué hacer!... El brazo firme, la cabeza erguida...

ISMAEL CORTINAS.

Montevideo, Junio de 1909.



HOTEL DE LOS POCITOS — MONTEVIDEO

---

## La Sala

---

Para Apolo.

El polvo se ha hospedado en las persianas  
como capas de abrigo, y hay inciertas  
cintas de luz sobre las porcelanas,  
donde las rosas se consumen muertas.

Los lirios de la alfombra se han gastado  
de los coturnos de oro con el peso.  
Sobre el piano, los bustos, el teclado  
custodian con sus órbitas de yeso.

Todo tiene un perfume, y cuando arde  
el misterioso encanto de la tarde,  
prendiendo su reflejo en las cortinas,

llega hasta el alma un mar de evocaciones  
y al claror de las luces vespertinas  
se ven pasar las viejas tradiciones.

Julio J. CASAL.